

Cómo puede desarrollarse la homosexualidad

COLOCANDO LAS PIEZAS EN SU SITIO

Extracto de “La Interacción Compleja de los Genes y el Ambiente:

Un Modelo para La Homosexualidad”

de Jeffrey Satinover, M.D.

NARTH Collected Papers, 1995

Puede ser difícil entender cómo los genes, ambiente y otras influencias se interrelacionan una con la otra, de qué forma puede cierto factor “influir” un resultado pero no producirlo, y de qué forma entra la fe. El escenario de arriba es condensado e hipotético pero está sacado de las vidas de gente real, ilustrando cuántos factores diferentes influyen en la conducta.

Ten en cuenta que lo siguiente es solamente una de las vías de desarrollo que pueden conducir a la homosexualidad pero una común. En realidad, el “camino” de cada persona a la expresión sexual es individual, aunque muchas extensiones comunes puedan compartirse con los demás.

(1) Nuestro escenario comienza con el nacimiento. El chico (por ejemplo) que un día puede verse en la lucha con la homosexualidad nace con ciertos rasgos que de algún modo son más comunes entre los homosexuales que en la población en general. Algunos de estos rasgos pueden ser heredados (genética) mientras que otros podrían haber sido causados por el “ambiente intrauterino” (hormonas). Lo que esto significa es que un joven sin estos rasgos tendrá menos probabilidad de llegar a ser homosexual posteriormente que alguien que los tenga.

¿Qué son estos rasgos? Si pudiésemos identificarlos con precisión, muchos de ellos resultarían ser regalos más que “problemas”, por ejemplo, una disposición “sensible”, un fuerte impulso creativo, un gran sentido de la estética. Algunos de estos rasgos, como la mayor sensibilidad, podrían estar relacionados con –o incluso ser los mismos que– rasgos fisiológicos que también causan problemas, como una respuesta de ansiedad mayor de lo normal a cualquier estímulo dado.

Nadie sabe con certeza cuáles son estas características hereditarias; en la actualidad sólo tenemos pistas. Si tuviésemos libertad para estudiar la homosexualidad correctamente (sin influencias de agendas políticas) ciertamente clarificaríamos pronto estos factores –como estamos haciendo en otras áreas menos discutibles. En cualquier caso, no existe absolutamente ninguna evidencia cualquiera que sea la conducta de que la “homosexualidad” sea heredada directamente en sí misma.

(2) Desde una edad muy temprana las características potencialmente hereditarias marcan al chico como “diferente”. “Se encuentra tímido de alguna forma e incómodo con el típico “áspero y desordenado” de sus semejantes. Quizás esté más interesado en el arte o en la lectura –simplemente porque es inteligente. Pero cuando posteriormente piensa sobre su vida anterior,

encontrará difícil separar lo que en estas diferencias de conducta temprana venía de un temperamento heredado y lo que venía del siguiente factor, a saber:

(3) Eso que por cualquier razón él recuerda un “mal emparejamiento” entre lo que necesitaba y anhelaba y lo que su padre le ofrecía. Quizá la mayoría de la gente estaría de acuerdo en que su padre era claramente distante e ineficaz; puede que fuese sólo que sus propias necesidades eran bastante especiales por lo que su padre, un hombre decente, no encontró nunca la forma correcta de relacionarse con él. O quizá a su padre no le gustaba realmente y rechazaba la sensibilidad de su hijo. En cualquier caso, la ausencia de cercanía con el padre condujo al chico a separarse bruscamente de él en desacuerdo, a “excluirse defensivamente” para protegerse.

Pero tristemente, esta separación brusca de su padre y del modelo de rol “masculino” que necesitaba, también le dejó menos capacitado para relacionarse con sus semejantes varones. Podemos contrastar esto con el chico cuyo padre que le ama, muere, por ejemplo, pero que es menos vulnerable para la homosexualidad posterior. Esto es porque la dinámica del lugar común en el chico pre-homosexual no es simplemente la ausencia de un padre –literal o psicológicamente- sino la defensa psicológica del chico contra el padre decepcionante de forma repetida. De hecho, un joven que no forme esta defensa (quizás debido a la terapia bastante temprana o porque hay otra figura masculina importante en su vida o debido al temperamento) es mucho menos probable que llegue a ser homosexual.

Las dinámicas complementarias que implican a la madre del chico son también probables de haber jugado un papel importante. Porque la gente tiende a casarse con los compañeros con “neurosis que se entrelazan”, el chico se encontró probablemente en una relación problemática con ambos padres.

Por todas estas razones, cuando como adulto miraba atrás a su infancia, el homosexual recuerda: “Desde el comienzo era diferente. Nunca me llevaba bien con los chicos de mi edad y me sentía más cómodo entre las chicas.” Esta memoria exacta hace que sienta su posterior homosexualidad convincentemente como si estuviese “preprogramada” desde el principio.

(4) Aunque tiene “exclusión defensiva” de su padre, el joven todavía lleva en su interior en silencio un terrible deseo de cordialidad, amor y de los abrazos del padre que nunca lo hizo o que no pudo tener. Posteriormente, desarrolla uniones no sexuales intensas con chicos mayores que admira –pero en una distancia, repitiendo con ellos la misma experiencia de deseo e indisponibilidad. Cuando se establece la pubertad, los impulsos sexuales –que pueden unirles a cualquier objeto, especialmente en los hombres- salen a la superficie y combinan con su intensa necesidad ya de intimidad y cordialidad. Comienza a desarrollar los choques homosexuales. Posteriormente recuerda: “Mis primeros deseos sexuales se dirigían no a las chicas sino a los chicos. Nunca me interesaron las chicas”.

La intervención psicoterapéutica en este punto y anteriormente pueden tener éxito en la prevención de la posterior homosexualidad. Tal intervención se dirige en parte a ayudar al chico a cambiar sus patrones afeminados de desarrollo (que derivan de un “rechazo” a identificarse con el padre rechazado), pero más críticamente, se dirige a ayudar al padre – si sólo aprende- cómo llegar a implicarse de forma apropiada y a relacionarse con su hijo.

(5) Mientras madura, (especialmente en nuestra cultura donde pronto, las experiencias sexuales extramaritales son aprobadas e incluso estimuladas), el jovencito, ahora adolescente, comienza a experimentar la actividad homosexual. O alternativamente puede que un chico o un hombre mayor, que abusó de él sexualmente cuando todavía era un niño, hayan tomado ya ventaja a sus necesidades de cercanía del mismo sexo (Recordad los estudios que demuestran la alta incidencia de abuso sexual en las historias de la infancia de homosexuales). O de forma opuesta, puede evitar tales actividades por el miedo y vergüenza a pesar de su atracción hacia ellas. En cualquier caso, sus deseos ahora sexualizados no pueden negarse por mucho que pueda combatir contra ellos. Sería cruel para nosotros en este punto suponer que estos deseos son un simple asunto de “opción”.

En efecto, él recuerda haber pasado meses y años agonizantes intentando negar su existencia completamente o apartándolas, para no utilizarlas. Uno puede imaginar fácilmente lo justificablemente enfadado que se encontrará después cuando alguien por casualidad y desconsideradamente lo acuse de “elegir” ser homosexual. Cuando busque ayuda, oye uno de los dos mensajes y ambos le aterrorizan. Oye: “Los homosexuales son mala gente y tú eres mala persona por elegir ser homosexual. Aquí no hay lugar para ti y Dios va a ver que sufres por ser tan malo” o “la homosexualidad es innata e inmodificable. Naciste así. Olvida tu idea de cuento de hadas de casarte y tener hijos y vivir en una casa pequeña con una valla de estacas blancas. Dios te hizo como eres y te destinó a la vida gay. Aprende a disfrutarla.”(6) En algún punto, se rinde a sus deseos profundos de amor y comienza a tener experiencias homosexuales voluntarias. Encuentra –posiblemente para su horror- que estos deseos viejos, profundos y dolorosos son satisfechos, al menos temporalmente, y por primera vez.

Aunque por tanto pueda sufrir un conflicto intenso, no puede evitar admitir que el alivio es inmenso. Este sentimiento temporal de confort es tan profundo – yendo bien más allá del simple placer sexual que cualquiera siente en una situación menos cargada- que la experiencia se refuerza poderosamente. Por mucho que combata, se encuentra conducido poderosamente a repetir la experiencia. Y mientras más lo haga, más se refuerza y es más probable que lo repita otra vez, aunque con frecuencia con un sentido de disminución de retorno.

(7) Él descubre también que, como para cualquiera, el orgasmo sexual es un poderoso aliviador de la angustia de todo tipo. Comprometiéndose con las actividades homosexuales ya ha cruzado uno de los límites más críticos y fuertemente reforzados de tabú sexual. Ahora es fácil para él cruzar otro límite tabú también, especialmente el de forma significativa el tabú menos severo

relativo a la promiscuidad. Pronto la actividad homosexual se convierte en el factor organizador central de su vida mientras adquiere lentamente el hábito de dedicarse a ella regularmente – no sólo debido a su necesidad original de la cordialidad del amor paternal sino para aliviar la ansiedad de cualquier tipo. (8) Con el tiempo, su vida llega a ser incluso más angustiada que para la mayoría. Algo de esto es de hecho, como claman los activistas, porque con demasiada frecuencia experimenta de los demás una fría carencia de simpatía o incluso una hostilidad abierta. La única gente que parece aceptarle de verdad son otros gays, y así forma un lazo todavía más fuerte con ellos como una “comunidad”.

Pero no es cierto, como claman los activistas, que estas son las únicas o incluso las angustias más importantes. Mucha angustia se produce simplemente por su forma de vida –por ejemplo, las consecuencias médicas, el SIDA que no es sino una de muchas (si no la peor). También vive con la culpa y la vergüenza que siente inevitablemente sobre su conducta promiscua y compulsiva; y también sobre el conocimiento de que no puede relacionarse efectivamente con el sexo opuesto y tiene menos probabilidad de tener una familia (una pérdida psicológica para la que las campañas políticas para el matrimonio homosexual, la adopción, y los derechos de herencia nunca pueden compensar de forma adecuada).

Por mucho que los activistas intenten normalizar para él estos patrones de conducta y las pérdidas que producen y de cualquier manera que el expediente sea para propósitos políticos de esconderlos del público en general, a menos que cierre enormes áreas de su vida emocional simplemente no puede mirarse honestamente en esta situación y sentirse contento.

Y nadie –ni siquiera un genuino, conservador, “homófobo” sexualmente inseguro- es casi tan duro sobre él como lo es él mismo. Además, los mensajes de autocondena con los que combate en una base diaria son de hecho reforzados solamente con la amarga agudeza de ir en propia contra de la cultura gay que ha abrazado. Los activistas de su alrededor le siguen diciendo que todo está causado por la “homofobia interiorizada” de la cultura que les rodea, pero él sabe que no es eso.

Los estreses de “ser gay” conducen a más, no a menos, conducta homosexual. Este principio, quizá sorprendente para el laico (al menos para el laico que ha sido alcanzado en algún patrón, de cualquier tipo) es típico del ciclo compulsivo o adictivo de la conducta autodestructiva; la culpa destructora, la vergüenza y la autocondenación sólo produce su incremento. No es sorprendente por tanto que la gente gire a negarse, a arriesgarse con esos sentimientos, y él lo hace también. Se dice a sí mismo: “No es un problema, por lo que no hay razón para sentirme tan mal por ello.”

(9) Después de luchar con tanta culpa y vergüenza durante muchos años, el chico, ahora adulto, viene a creer, bastante comprensiblemente –y debido a su negación, necesita creer- “No puedo cambiar de ninguna manera porque la condición no se cambia.” Si por un momento cambia de idea, inmediatamente

se alza la duda dolorosa: “Entonces, ¿por qué yo no?” y con ella vuelven toda la vergüenza y la culpa.

Así, a más tardar cuando el chico se hace un hombre, ha construido este punto de vista: “Siempre fui diferente, siempre un extraño. Desarrollé escarceos con chicos desde tanto tiempo como puedo recordar y la primera vez que me enamoré fue de un chico, no de una chica. Realmente no me interesaban las personas del otro sexo. Oh, lo intenté –desesperadamente. Pero mis experiencias sexuales con chicas no fueron nada especial. Pero la primera vez que tuve sexo homosexual, sólo ‘estuvo bien’. Así tiene perfecto sentido para mí que la homosexualidad es genética. He intentado cambiar –Dios sabe cuanto tiempo luché y que no puedo. Es por eso por lo que no se puede cambiar. Finalmente, dejé de combatir y me acepté a mí mismo como soy.”

(10) Actitudes sociales hacia la homosexualidad jugarán un papel en hacer más o menos probable que el hombre adopte una perspectiva “innata e inmodificable”, y en qué punto de este desarrollo. Es obvio que una visión ampliamente compartida y propagada que normaliza la homosexualidad aumentará la probabilidad de incrementar que él adopte tales creencias, y en una edad anterior. Pero quizá es menos obvio –sigue de lo que hemos discutido arriba- ese ridículo rechazo y condena severamente punitiva de él como persona será tan probable (si no más) de conducirlo a la misma posición.

(11) Si mantiene su deseo de una vida familiar tradicional. El hombre puede seguir luchando contra su “segunda naturaleza”. Dependiendo de a quién conozca, puede permanecer atrapado entre la condena clara y el activismo gay, tanto en las instituciones seculares como en las religiosas. El mensaje más importante que necesita oír es que la “sanación es posible”.

(12) Si entra en la vía de la sanación, encontrará que el camino es largo y

difícil – pero extraordinariamente enriquecedor. El curso hacia la completa restauración de la heterosexualidad dura normalmente más tiempo que el promedio del matrimonio en América –que debería entenderse como un índice de lo rotas que están las relaciones hoy.

Desde las terapias seculares llegará a comprender cuál es la verdadera naturaleza de sus deseos, que no son realmente de sexo y que él no se define por sus apetitos sexuales. En un establecimiento así, aprenderá posiblemente cómo acudir adecuadamente a otros hombres para obtener de ellos una intimidad y camaradería masculina no sexualizada y genuina y cómo relacionarse adecuadamente con una mujer, como amiga, amante, compañera de vida y si es la voluntad de Dios, madre de sus hijos.

Por supuesto que las viejas heridas no desaparecerán de forma simple y posteriormente en momentos de gran angustia las viejas vías de escape le atraerán. Pero la afirmación que esto supone es que por lo tanto él sea “realmente” homosexual y que la imposibilidad de cambio es una mentira. Porque mientras vive una nueva vida de honestidad creciente, y cultiva la intimidad genuina con la mujer de su corazón, los nuevos patrones se harán

cada vez más fuertes y los antiguos grabados en la sinapsis de su cerebro se harán cada vez más débiles.

Con el tiempo, sabiendo que realmente tienen poco que ver con el sexo, incluso llegarán a respetar y a poner en buen uso las ligeras agitaciones que permanecen de los viejos impulsos. Serán para él como una clase de aviso de tormenta, una señal de que algo va mal en su casa, de que algún patrón de deseo y rechazo y defensa está activándose. Y encontrará que tan pronto como ponga su casa en orden los viejos impulsos desaparecen. En sus relaciones con los demás –como amigo, marido, profesional- ahora tendrá un don especial. Lo que fue una vez una maldición se habrá convertido en una bendición, para él mismo y para los demás.

Reproducido con autorización de la NARTH